Hora de junio de Carlos Pellicer

Enrique Villada

Repaso fugazmente la obra de Pellicer en la edición del Fondo de Cultura Económica y pienso, al hacerlo, que al hablar de su poesía en general no contradigo las ideas que tengo de algunos poemas específicos, pero mi intención va más bien encâminada a ver un momento, una parte, que podría tal vez iluminar otras dimensiones.

Creo, por ejemplo, que si distingo el sabor con el que Pellicer repite innumerables veces la palabra "poema" encontraría una vena mayor de luz, de esa que irradia de su mirada berbiquí y me haría degustar su trópico, su primavera terrenal, que se metamorfosea incesantemente.

Creo, también, que para comenzar necesito un agudo lápiz, la blancura del papel, las sombras y la luz como quien, más que a escribir, se prepara para trazar líneas exactas, voluptuosas, que sean homenaje para un canto.

Y de las mil páginas que suman sus *Obras* me fijo súbitamente en su *Hora de junio*, libro de rasgos elegantes, sensuales, de colores nítidos, casi transparente porque aquí el poeta ha llegado a ser el aire que recorre el paisaje, es decir, el gusto por la vida, por la gracia, por la belleza.

No porque lo malo, lo tenebroso, la tristeza, etc. no puedan formar parte de la poesía, al contrario, la literatura de todos los tiempos muestra que tales sentimientos, las emociones de este tipo, originan creaciones perfectas, pero la belleza es terrible y aquí se vuelve oda, metáfora, sorpresa.

Dibujo, pues, en el silencio de la página palabras temblorosas, porque la voz del poeta Carlos Pellicer es de pronto "voz de Dios en la voz de los ángeles que no caerán, jamás".

Carlos Pellicer es poeta fundamental que canta los elementos de la creación, los cuatro primordiales de donde emana todo lo demás. Su voz es altísima y de una fuerza estremecedora. En *Hora de junio* la naturaleza es florida y en ella su palabra se transparenta como la punta filosa de un lápiz, porque Pellicer es, en tanto creador maravillado de la creación, pintor de intensidades, de la tierra que recorre como un cuerpo, y en ese viaje palmo a palmo Pellicer se conoce: de tierra maravillosa fue moldeado.

El cuerpo del paisaje es un cuerpo vivo, infinito, universo en sí mismo, recipiente de otro y otro hasta que todo se vuelve indispensable arquitectura, juego de correspondencias: el nombre de las cosas y la desnudez de quien lo contempla, la piedra (taza-fuente-jardín-amor-orilla), y la mano con sus diez versos, quise decir, con sus diez dedos:

Y cuando los invitados
ya estén aquí –en mí–, la cortesía
única y sola por los cuatro lados,
será dejarlos solos, y en signo de alegría

Enrique Villada. Estudió Letras Españolas en la UAEM. Becario de la Tercera Generación del Centro Toluqueño de Escritores (1985). Ha publicado los libros *Hojas de octubre* y *Palabras para un viaje* (poesía).

enseñar los diez dedos que no fueron tocados
sino
por
la
sola
poesía.

En uno de sus poemas Pellicer dice "la hermosa vida" y nada como su palabra para cantar un tiempo feliz que es síntesis de todos los tiempos, "cumbre del instante", es decir, su epifanía.

El mar marino marea
la voz que en palabras vive.
Se van de lado los tiempos,
lo que quiero, lo que quise.
lo que ya en mi corazón
con sólo callar se dice.

(Vámonos, palabra, vámonos
del alma que está diciendo
sus ocho sílabas tristes,
ochenta, ochocientas... ¡Vámonos!)

a) Las cosas están cambiando en la palabra del poeta, nacimientos y florecimientos. Las cosas se vuelven metáfora, infinito.

Estas transformaciones suceden porque la poesía macho y la hembra poema se aman. Lo que el poeta ve es un cuerpo, Eva de su costilla que refleja el polvo del que él mismo fue hecho: la tierra.

b) Uno es pirámide trunca. Lo que es significa unidad, pero hay el día y la noche. Existe el pasado, el presente y el futuro o tal vez sólo lo que está siendo. Nos movemos entre el sur, el este, el oeste, el norte avión. Pellicer tiene labios de treinta años, pero después de diez mil la voz es igual. Geometría.

c) La voz provino de Dios pero se fue difundiendo en órbitas magnéticas. Cuando el hombre formaba parte del todo no le era necesaria, sino después, cuando se distanció y vino el asombro. En *Hora de junio* hay distancia y fusión, movimiento, reconocimiento de lo humano, de los hombres que Gorostiza llamó: peces del aire altísimo.

El poeta debe escribir como si fuera el primer hombre de la creación, el que reconoce por primera vez sus propias pasiones, las de su corazón humano, corazón que si toca, como escribió Bartolomé, lo manchará de sangre.

¿Cómo, entonces, acercarse a la poesía –a la creación– recubierto de un caparazón durísimo? A la creación debe uno entrar desnudo, dueño de los sentidos, capaz de emocionarse y, principalmente, de estremecerse.

Todo poema –arquitectura de sonidos, música del alma– debe hacernos vibrar, como las nubes quizás que gravitaban temblorosas en el principio, y de esa conmoción catártica el lector puede beber luna purificada, su esencia.

El lector debe desandar su propia experiencia, saberse contenido en cada línea o, mejor dicho, debe buscarse sin eludir el peligro de ahogarse en su propia imagen.

La condición a la que el lector de poesía se debe ocupa un lugar privilegiado en el pensamiento de los hombres de todas las épocas: "la condición humana". Y como en ella no sólo equilibrio se encierra, a menudo salimos lastimados comprobando que al dolor también pertenecemos, "Dichoso el árbol que es apenas sensitivo/ y más la piedra dura porque esa ya no siente", escribió Darío.

Y como no somos árboles, ni piedras, nos liamos a la vida consciente asumiendo la desdicha. Somos hombres que no duran y en el poema vemos pasar las cosas que pasaron o vienen o vendrán.

Para estar en la poesía es necesario afinar los sentidos –y antes que nada poseerlos. No sólo el oído –que se exige también como requisito para el músico– sino el ojo, además, que en Pellicer lanza –pues no sólo recibe– una luz despedazada en lenguas como por un vitral de incontables matices. Pellicer escribió después:

¡Los ojos! Por los ojos el bien y el mal nos [llegan.
La luz del alma en ellos nos da luces que [ciegan.
Ojos que nada ven, almas que nada [entregan.

El tacto debe retroceder hasta el nacimiento de uno mismo y del mundo, como si fuera el propio Dios quien se deleitara con lo que hizo, pues luego de la acción está la contemplación y el ojo del pintor que no se satisface ya sólo con ver pues se ha vuelto escultor que palpa, sube, reconoce por el paisaje su propia geografía.

Mundo de sinestesias que es espejo múltiple y carne viva reflejada en la carne que siente con avidez aquello que lo circunda.

El olfato que sabe los más finos colores del universo es necesario aquí porque de él se desprenden los perfumes selváticos, las briznas que despide la materia.

Y el sabor es imprescindible cuando la boca que ha probado el fruto de la palabra comparte el dulce sabor de la dicha con todo lo que la vida engendra:

El mar de día es toda la sandía,
la primera tajada es brisa y rosa,
barca lisa en el agua amanecida,
*mano de siesta y agua presurosa.*Δ